

Hugo Bouter

Hasta que amanezca

Esperando el día de Cristo

"Entonces, temiendo que encalláramos en las rocas, echaron cuatro anclas desde la popa, y rezaron para que llegara el día (...). Y como el día estaba a punto de amanecer, Pablo les imploró a todos que tomaran alimentos (...). Y dicho esto, tomó el pan y dio gracias a Dios en presencia de todos ellos; y después de partirlo, comenzó a comer. Entonces todos se animaron, y también ellos tomaron alimento".

Hechos 27:29-36

La tormenta

El viaje de Pablo a Roma, que Lucas nos relata en este capítulo con histórico rigor, no fue todo lo apacible que el timonel y el patrón de la nave hubieran deseado. Al principio todo parecía transcurrir según lo previsto y en condiciones favorables, pero la nave pronto se convirtió en el juguete de las olas en medio de una tormenta que arreció de repente. El suave viento del sur había dado paso a una violenta tempestad, que asoló el barco hasta tal extremo que las personas a bordo perdieron toda esperanza de ser rescatadas.

Durante días fueron a la deriva envueltos en la oscuridad, pues no podían ver la luz del sol ni de las estrellas. Cuando alcanzaron la decimocuarta noche de deriva en el Mar Adriático, hacia la medianoche los marineros empezaron a sospechar que se estaban acercando a tierra firme, pero resultó ser la isla de Malta. Temiendo chocar con los escollos, decidieron echar el ancla y esperar a que amaneciera. ¡Cómo debían de anhelar este momento! Otras traducciones dicen que oraron para que se hiciera de día.

Este deseo – u oración – podemos aplicárnoslo a nosotros, y de dos maneras, además: a nivel personal y como comunidad de cristianos. A nivel personal, esta escritura puede aportar un significado para los momentos en que pasamos por circunstancias difíciles o de necesidad. A veces hay oscuridad en nuestra vida, y entonces es cuando anhelamos fervientemente que Dios la disipe. Así es como hacemos nuestras las palabras de David: «El Señor, mi Dios, iluminará mis tinieblas» (Sal 18:28). Sabemos que Él responderá a nuestras oraciones. Dios es luz y disipa las tinieblas.

El día de Cristo

Estas palabras tienen mucho que decirnos como comunidad. Después de todo, la iglesia de Dios espera la llegada del día de Cristo. Cuando estaba en la tierra, Él era la Luz del mundo (Jn 9:5). Pero habló de volver al Padre, que le había enviado hasta aquí. La luz de Dios, su verdad, tendría que ser difundida en adelante por sus seguidores, ya que ellos iban a ser «la luz del mundo» (Mt 5:14).

Cristo, la gran Luz, regresaría al cielo. Los hijos de la luz darían testimonio de Él en este mundo oscuro, donde brillarían como portadores de luz. La verdadera luz se manifestaría a partir de entonces en sus vidas (véase, por ejemplo, Jn 8:12; 9:5; 12:35-36; Ef 5:8; Fil 2:15-16; 1 Jn 2:8). Mientras la ausencia de la gran Luz hace que dure la noche, los creyentes son testigos de ella en el mundo.

El mundo es el territorio de los gobernantes de estas tinieblas, por eso esperamos la llegada del día de Cristo. Y a medida que este mundo se oscurece, por haber preferido las tinieblas a la luz, anhelamos con mayor fervor el amanecer del nuevo día. En efecto, nos consolamos con el pensamiento de que la noche ha pasado y el día está cerca (Ro 13:12). Más aún que los centinelas, nosotros esperamos la mañana (Sal 130:6).

¿No es nuestro deseo que llegue ese día? ¿No tenemos todas las razones para esperar el regreso de la Luz, su venida por los suyos como Estrella de la Mañana y su gloriosa manifestación como el Sol de justicia? Después de todo, en un sentido metafórico ha sucedido con la iglesia lo mismo que con el barco en el que Pablo navegaba hacia Roma. El «barco» del testimonio cristiano se ha visto golpeado por la tormenta y está en peligro de zozobrar. A bordo se encuentran todos en apuros y esperan el amanecer del nuevo día.

La voz de Pablo

Sin embargo, la gente que iba en la nave era la culpable, pues no había querido escuchar a Pablo. El apóstol solo era su prisionero, y la autoridad de sus palabras no recibieron la atención suficiente. Los consejos ajenos, dicen los entendidos, pesaron más, y ese fue en realidad el origen del problema. Pablo y las cartas que escribió han hecho su periplo por los mares del mundo, pero su mensaje no ha sido escuchado en lo que se refiere al rumbo que la iglesia debería haber seguido, después de haber viajado todo el tiempo con ellas. Las palabras proféticas que el apóstol pronunció fueron ignoradas. Las tradiciones y opiniones humanas prevalecieron. La gente ha estado «más persuadida por el timonel y el patrón de la nave que por lo que Pablo les decía» (v. 11), y las consecuencias han sido realmente nefastas. El curso emprendido por la iglesia profesante resultó fatal y la condujo a su caída.

De pronto, cuando parece haberse ido toda esperanza de salvación, los marineros vuelven a escuchar la voz de Pablo. Esto da un giro feliz al resto del relato. En cuanto reconocemos que debimos haber prestado más atención a las palabras inspiradas del apóstol, renace la esperanza. El barco podrá perderse, pero las personas que van a bordo, de acuerdo con las palabras de Pablo, llegarán a salvo al puerto deseado. El juicio a la iglesia profesante es inevitable, dejada a un lado como testimonio divino sobre la tierra (Rom. 11:22; Ap. 3:16), aunque los verdaderos creyentes no deben temer por sus vidas (vv. 22, 25).

¿Qué nos quiere decir esto? Hay que reconocer que en muchos aspectos la iglesia se ha apartado de la voluntad de Dios y ha tomado un rumbo equivocado. Por ejemplo, desde el punto de vista de su organización y administración ha empleado normas que no cumplían la palabra de Pablo. La iglesia se ha vuelto mundana y ha escuchado a los líderes equivocados. Pero solo cuando empieza a escucharse de nuevo la voz del apóstol, surge la esperanza. Quienes no vuelven a la ley y al testimonio, no tienen futuro.

Aun así, el apóstol asegura que hay que conservar el buen ánimo. Por un lado, indica que la iglesia iba a tomar un rumbo equivocado (Hechos 20:29-30; 2 Tesalonicenses 2:7; 1 Timoteo 4:1; 2 Timoteo 2:16-17; 4:3-4), y, por otro lado, dirige nuestra mirada hacia la fidelidad de Dios. Vemos en sus cartas que, por una parte, predice el extravío, pero por otra señala el cumplimiento de los planes de Dios con respecto a los suyos – entre otros, en la carta a los Efesios. Esto nos da nuevas fuerzas y nos llena de plena confianza en que todos los hijos de Dios van a

llegar sanos y salvos a tierra, es decir, que alcanzarán la meta celestial con total seguridad.

La comida

Pablo también instó a los marineros a comer (v. 33). Es lo que necesitamos hacer en los tiempos del fin, en los días justo antes del regreso del Señor Jesucristo, cuando las tormentas arremeten con tanta fuerza que amenazan con hacer naufragar la pequeña nave. Necesitamos alimento espiritual, alimento «a su tiempo» (Mateo 24:45-46). Debemos ser fortalecidos por la Palabra de Dios a fin de poder sobrevivir.

Esto sucedía cuando estaba a punto de amanecer (v. 33). Justo antes del alba, los marineros celebraron una comida en la que todos quedaron satisfechos. Del mismo modo, necesitamos alimento espiritual en estos últimos días antes de la venida de Cristo, cuando el barco corre el peligro de hundirse. Por suerte, aquí se encuentra un siervo de Dios que se preocupa y distribuye el alimento necesario en el momento oportuno. A través del ministerio de la Palabra, recibimos nuevas fuerzas y obtenemos valor. La Palabra de Dios es nuestra única ancla cuando los apoyos humanos se desmoronan. Esta comida – que, por cierto, también puede verse como una imagen de la Cena del Señor y del verdadero culto de su voluntad –, sirve para saciar a todos los que están a bordo.

Debió de ser un espectáculo inolvidable ver a toda esa gente tan tranquila en medio de la tormenta comiendo con agradecimiento, estimulada por la palabra del apóstol. Pero Dios también ha «puesto una mesa» ante nosotros en medio de las tormentas de los últimos tiempos. ¡Tomemos a pecho la enseñanza que el Señor nos da en estos últimos días, tan cercanos a su venida! No nos perdamos la comida que ha preparado para nosotros. Comamos el alimento que nos ha dado y esperemos con nuevo ánimo el amanecer, «un mañana sin nubes» (2 Sam. 23:4).